

ERNESTO «CHE» GUEVARA: EL SER HUMANO Y EL COMPROMISO ETICO LLEVADO HASTA SUS ULTIMAS CONSECUENCIAS

Rogelio Cedeño Castro

«Depuis trente ans, Che Guevara interpelle nos consciences. Par-delà le temps et l'espace, nous entendons l'appel du «Che» qui nous somme de répondre: oui, seule la révolution peut parfois faire de l'homme un être de lumière. Cette lumière, nous l'avons vue irradier son corps nu, étendu quelque part au fond du Nancahuazu, sur ces photos parues dans les journaux des quatre coins du monde, alors que le message de son dernier regard continue de nous atteindre jusqu'au tréfonds de l'âme».

Ahmed Ben Bella. «Ainsi était le "Che"». *Le Monde Diplomatique*. Octubre 1997, page 3.

«EL HOMBRE ES UN DIOS PARA EL HOMBRE, pero también EL HOMBRE ES UN LOBO PARA EL HOMBRE: sin duda ambos dichos son igualmente ciertos. El primero, si se consideran las relaciones entre conciudadanos; el segundo si se trata de Estados. De un lado, la justicia y la caridad, virtudes pacíficas, llevan cierta semejanza con Dios; del otro, la perversidad de los malos pone incluso a los buenos en la obligación de recurrir, si quieren protegerse, a las virtudes bélicas, la violencia y la astucia, o mejor dicho, a la rapacidad bestial».

Thomas Hobbes. Prólogo a *Del Ciudadano*, dedicado al Conde de Devonshire. Noviembre de 1646.

tanto para nosotros, los situados al margen de la riqueza y del poder, aunque no de la palabra, en este sufrido continente latinoamericano, cuyo suelo ha sido abonado por incontables generaciones de mártires, siempre en lucha por la conquista de la libertad (obviamente no la del mercado y sus extravíos) y la justicia para las grandes mayorías, a las cuales siempre les fueron negadas, de mil maneras y que, lo juramos, jamás podrá deslizarse hacia la región del olvido, esa región que nunca visitaron los héroes, es decir, esos seres inolvidables que pueblan la conciencia colectiva, más allá de la muerte y el sufrimiento cotidianos, a los cuales desafiaron y vencieron ya, sin duda alguna.

Alejándonos, un tanto, de las tentaciones apologéticas y cargadas de emotividad, a las que somos dados los seres humanos, la terca presencia de su memoria no es, en modo alguno, gratuita sino que por el contrario, está impregnada de una profunda significación para quienes vivimos en un escenario, al parecer cada vez más alejado de la esperanza y de la fe, en tanto elementos esenciales en la construcción de un mundo que, superándose a sí mismo, permita la emergencia de una condición humana más plena.

Más complejo aún, pero pleno de validez, resulta el esfuerzo que podamos hacer para evidenciar el necesario ligamen que habrá de establecerse, por un lado, entre la necesidad de valorar la trascendencia de lo puramente humano, a través de las distintas representaciones de «lo sagrado», o más concretamente, de la divinidad y, por el otro, de la valoración de las acciones terrenales de quienes, proclamándola o no, se han ligado con ella en la búsqueda de una humanidad mejor. Es aquí donde el tema cobra una especial significación para quienes, en medio de una de las épocas más sombrías de que se tenga memoria en la historia humana, no renunciamos a la búsqueda

1. A manera de introducción

Hablar de la significación ética y profundamente humana de la figura de Ernesto «Che» Guevara (1928-1967), a treinta años de su asesinato en la región suroccidental de Bolivia, supone un difícil esfuerzo de nuestra parte; difícil sí, en todo caso pero que, de ninguna manera, podría ser tomado como un mero y vano ejercicio de la memoria o de la simple evocación lejana, de alguien que significó

de la esperanza, como un camino hacia una vida nueva, lo que nos acerca con aquéllos que, desde la creencia en la divinidad y en la búsqueda de lo trascendente, se funden con nosotros en la forja de un nuevo espíritu, lleno de tolerancia y de fe en el hombre, como un ser digno de la construcción de nobles y grandes empresas y no como expresión de la destrucción y las tinieblas, a las que ha sido reducido.

Evocar la memoria de Ernesto Guevara de la Serna, el «Che», en este fin de siglo, significa no un mero ejercicio de la apologética o de la exteriorización de la terca nostalgia de quienes añoran un mundo que ya no fue sino que, por el contrario, representa la invitación a una lectura más atenta de los acontecimientos que, nos lleva, sin duda a desafiar las ya realizadas, de manera apresurada, por aquéllos que juran que la sociedad del egoísmo y de la muerte, del asesinato de Dios y de la esperanza, han ganado la partida y que, dentro de una pobre cosmovisión neohegeliana, aseguran que nos encontramos en el techo de la historia. Sin duda estrecha y mezquina esta visión, la de quienes se dejan guiar por una descuidada observación de la superficie de los acontecimientos y olvidan aquella expresión de los antiguos griegos de que «los dioses ciegan a quienes quieren perder».

2. La creatividad del revolucionario frente al espíritu mezquino del burocrata

Aquel revolucionario, a carta cabal, que desdenó las tentaciones burocráticas, rechazando la posibilidad de morir de aburrimiento en un escritorio de mandarín y que con juicio certero intuyó las profundas debilidades de quienes querían cambiar al mundo, sin cambiar al hombre, difícilmente podía ser comprendido en aquel mundo cínico y cargado de una minuciosidad esférica que caracterizó a la «guerra fría», en donde todo era visto en blanco y negro, negándose así la profunda riqueza y las enormes potencialidades del ser humano, contenidas en la infinitamente compleja condición de lo humano y sus múltiples manifestaciones en la vida social. No hay duda de que el sombrío trasfondo totalitario de la época empobreció, para quienes la vivimos, muchas

de nuestras posibilidades de comprensión de lo que realmente estaba ocurriendo. Es en este sentido, como creemos que puede captarse el significado de la expresión de Ahmed Ben Bella (primer presidente de la Argelia Independiente, entre 1962 y 1965), contenida en el epígrafe que escogimos para este ensayo, cuando afirma que «sólo la revolución puede, algunas veces, hacer del hombre un ser de luz»; es decir, un ser que es capaz de transformarse a sí mismo en la acción cotidiana de la lucha revolucionaria, ya que en caso contrario no habrá nunca una verdadera y profunda transformación revolucionaria de los seres humanos. Es aquí donde el pensamiento y la



acción de Ernesto Guevara están más presentes que nunca, a pesar de todas las negaciones y estrecheces de la llamada «guerra fría», entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, como cabezas de dos bloques antagónicos que pretendieron siempre manejar un discurso exclusivo de la «verdad», de cuya universalidad nadie podía dudar, so pena de quedar situado, en el mejor de los casos, en el ostracismo, lugar destinado a los enemigos «del pueblo», «del proletariado» o de «la democracia» y «el mundo libre», según fuera la situación concreta de que se tratara.

Una de las expresiones más típicas de ese reduccionismo y la simplificación de las ideas y de los procesos que lo caracterizan nos la da, la muchas veces difundida idea de que el Che Guevara tenía una concepción, puramente mecanicista, de la guerra revolucionaria, en la cual el foco guerrillero funcionando con una sorprendente eficacia técnica vendría a ser el elemento esencial en el desencadenamiento de una situación revolucionaria, y en su éxito posterior. Es decir, estamos ante la reificación de una de las partes que conforman una

concepción desde luego, mucho más amplia, de lo que puede ser la lucha armada revolucionaria, como es la que caracterizó al Che en sus distintos escritos, acerca de la guerra popular revolucionaria.

Las lecturas apresuradas de algunos trabajos de divulgación, hechas desde la época en que vivió y dio sus luchas el Che, son las que han llevado a la absolutización de la concepción estratégica de cómo operaría, eventualmente un foco guerrillero¹, convirtiéndolo en el eje central de su pensamiento político y militar, olvidando así que estamos ante un hombre que dio muestras constantes de gran creatividad y de una cierta heterodoxia (necesaria, diríamos nosotros) en materia de pensamiento y acción, la cual desautoriza cualquier pretensión de reducirlo a una visión tan simplista acerca de la guerra revolucionaria, como la ya apuntada.

En un fragmento de su célebre carta al economista francés Charles Bethelheim, Ernesto Guevara revela ésta, siempre inquieta, naturaleza suya que lo pone a resguardo de los burócratas, los dogmáticos y los oportunistas de toda clase: «Un poco más avanzado que el caos, tal vez en el primero o segundo día de la creación, tengo un mundo de ideas que chocan, se entrecruzan y, a veces, se organizan» (Guevara, 1968: 8), la cual es una confesión que revela la gran humildad de un hombre que está consciente de la complejidad de las situaciones a que se enfrenta y sabe que no pueden ser resueltas con simples fórmulas, ni con la arrogancia del burócrata que, desde su despacho, ignora las situaciones concretas que se viven y experimentan en la vida cotidiana.

3. Vietnam: correr la suerte del agredido y acompañarlo a la muerte o a la victoria

Su lucha frontal contra el imperialismo, representado en todo el mundo por la potencia política, económica y militar de los Estados Unidos de América, lo llevará a la acción guerrillera

1. Especialmente, a partir de la poco afortunada sistematización de tal método de lucha realizada por Regis Debray en su libro *¿Revolución en la Revolución?* (1967), cuyo solo título —por otros motivos, hoy mucho más comprensibles— escandalizaba a los marxistas ortodoxos.

en dos continentes y a lanzar, en 1967, su consigna de «Crear dos, tres, muchos Vietnam», como la más alta expresión de la solidaridad con un pueblo que, en el sudeste asiático, da a todo el mundo una lección cotidiana de cómo se debe enfrentar a ese imperialismo voraz que busca sojuzgar a los pueblos de Africa, Asia y América Latina.

Su llamado adquiere un tono dramático y a ratos de amargo reproche, cuando indica que «Vietnam, esa nación que representa las aspiraciones, las esperanzas de victoria de todo un mundo preterido, está trágicamente solo. Ese pueblo debe soportar los embates de la técnica norteamericana, casi a mansalva en el sur, con algunas posibilidades de defensa en el norte, PERO SIEMPRE SOLO» (Guevara, 1968: 642) y añade, a continuación, de manera enérgica que «La solidaridad del mundo progresista para con el pueblo de Vietnam semeja a la amarga ironía que significaba para los gladiadores del circo romano el estímulo de la plebe. No se trata de desear éxitos al agredido, sino de correr su misma suerte: acompañarlo a la muerte o a la victoria» (Ibíd.). Sentido profundo de la solidaridad, sin duda impregnado de un gran ecumenismo que, a veces, nos estremece cuando lo contrastamos con el tribalismo y el agudo etnocentrismo que reina en esta era de la posmodernidad, en donde la solidaridad parece difícilmente traspasar los límites de la etnia, la raza, la religión, el parentesco o la nacionalidad y en la cual las limpiezas étnicas parecen ser el pan cotidiano.

Desde los días de su amarga experiencia guatemalteca, allá en 1954, cuando la CIA estadounidense acaba con el gobierno democrático del coronel Jacobo Arbenz y da inicio el prolongado martirio de ese pueblo, con más de cien mil víctimas, fruto de una desigual y cruenta guerra civil, Ernesto Guevara juró combatir al imperialismo yanqui y sus aliados, con las armas en la mano y aun al precio de su vida, si fuese necesario.

Su encuentro, en México, con Fidel Castro y los hombres y mujeres del Movimiento 26 de Julio, en la segunda mitad de 1955, lo llevará a materializar esos propósitos, primero enfrentándose a los efectivos militares del dictador Fulgencio Batista (al servicio del imperialismo del Norte, como casi todos los gobernantes de aquella república mediatizada que fue Cuba entre 1898 y 1958) y después, de manera directa, en los campos de batalla de

Cuba (Playa Girón), demoliendo por primera vez al imperio, el Congo y Bolivia, hasta el más alto grado de sacrificio.

4. El ser humano ante la naturaleza que asume el conflicto bélico

La guerra, ese conflicto entre los seres humanos que sólo se define y puede ser caracterizado por la efusión de sangre, a diferencia de otros, como lo caracterizaba el mariscal Carl Von Clausewitz², representa un auténtico drama en el cual se ponen en evidencia todas las pasiones, las grandes cualidades y las grandes debilidades humanas. Es quizás por ello que Thomas Hobbes (1588-1679) tan preocupado por las terribles consecuencias del «estado de guerra» (una especie de visión negativa del «estado de naturaleza» que otros contractualistas como Juan Jacobo Rousseau (1712-1778) y el mismo Hugo Grocio (1583-1645) no miraron de manera tan negativa) definía muy bien como, en los asuntos de las relaciones entre los Estados el hombre era, en efecto un lobo para el hombre (Homo homini lupus) y cuando, desde una perspectiva de las relaciones entre conciudadanos, puede ser en cambio, un Dios para el hombre (Homo homini Dei). Esta última perspectiva, si bien es cierto que planteada dentro de un concepto muy particular de la guerra revolucionaria, la cual va ejecutando al mismo tiempo, es la que jamás va a perder el Che Guevara quien, a lo largo de sus campañas, dará enormes demostraciones de ello.

Este pequeño CONDOTIERI del siglo XX, como se autodefinió en la última carta a sus padres³, al anunciarles que sentía, una vez más, bajo sus talones «el costillar de Rocinante; vuelvo al camino con mi adarga al brazo» poseía, a diferencia de los que existieron en la Italia medieval, todas las virtudes del guerrero, en el sentido de la utilización de la fuerza y la astucia como elementos esenciales para llevar la guerra adelante, las cuales Hobbes definía como sus virtudes cardinales⁴. A pesar de ello, sus grandes cualidades

de extraordinario ser humano que fue, no le hicieron perder nunca su sentido profundo de humanidad, en la perspectiva de que, en efecto, el hombre puede ser alguna vez, un Dios para el hombre, aun en las más terribles circunstancias de ese hecho, de naturaleza destructora que es la guerra.

5. El legado de la memoria escrita del combatiente revolucionario

Ernesto Guevara nos dejó una rica y abundante memoria de la guerra revolucionaria en Cuba (en el período 1956-1958), la que escribió prolijamente en su **Diario de Campaña** y en sus **Pasajes de la Guerra Revolucionaria**, publicados inicialmente, por entregas, en la revista **Verde Olivo** del Ejército Rebelde, durante el año 1961 y en un volumen con el título antes indicado, en 1963. Estos documentos, como veremos a continuación, nos revelan esa particular especie de ternura hacia el ser humano, que el Che jamás pierde, aun en los momentos más rudos de las luchas y de las que estos textos son el mejor testimonio.

Durante los meses de septiembre y octubre de 1958, el Che Guevara y Camilo Cienfuegos empezarán a repetir la hazaña que, Antonio Maceo y Máximo Gómez habían ejecutado 63 años antes, en 1895, consistente en invadir la isla de Cuba, desde oriente hacia occidente, durante la última guerra de independencia contra España: el Che, lo hará al mando de la columna Ciro Redondo (llamada así en memoria de un viejo combatiente del «26 de julio», integrante de las fuerzas mandadas por el Che, caído en combate unos meses atrás) y Camilo Cienfuegos, al mando de la columna Antonio Maceo, en homenaje al combatiente y mártir de la última guerra de los mambises.

Ambos comandantes cumplirán este propósito inicial, en gran medida, durante el período antes indicado, al atravesar parte de la provincia de Oriente, las de Camagüey y Las Villas hasta internarse en la Sierra del Escambray, en el centro del país, lo cual harán en las condiciones más espantosas a imaginar, pues un huracán había barrido la isla justo en el momento de dar inicio esta campaña militar, no pudiendo así disponer de los medios de transporte, inicialmente previstos y

nes de esta edición preparadas por Manuel Sánchez Sarto), especialmente en los capítulos XIII, XIV, XV, XVI y XVII.

2. Ver al respecto Engelberg, Ernest y otros. «Clausewitz en su época» Cuadernos Pasado y Presente. México. 1979.
3. Ver «Carta a sus padres». **Obra Revolucionaria del Che**. Edición Era. México D.F. 1968.
4. Ver al respecto Thomas Hobbes. **El Leviatán**. Fondo de Cultura Económica. México. 1940 (hay diversas reimpresio-

debiendo transitar por una región de llanuras pantanosas, durante casi siete semanas, bajo el fuego constante del enemigo. El resto del plan lo completarán al final de la guerra, cuando entran a La Habana las columnas de Camilo y el Che, en los primeros días de 1959.

Es así como, en el **Diario de Campaña**, Ernesto Guevara registra el día 16 de septiembre de aquel año lo siguiente: «La tropa no puede más. Estragada, famélica, los pies sangrantes que de tan hinchados no les caben los restos de los zapatos. Están ahí, derrumbados, porque ya de la noble carne sólo queda vida en los ojos que me miran como una pequeña lucecita desde las profundidades de las cavernas. Camino por entre ellos sintiendo un deseo ferviente de abrirme las venas para llevar a sus labios algo caliente que no han probado en tres días de no comer, de no dormir. Cuando el nudo que atenaceaba mi garganta cede, les hablo» (Guevara en Gambini, 1968: 175). Vivo testimonio de algo más que un sentimiento de solidaridad agudizado, a ratos, por la terrible impotencia de no poder poner remedio a una situación horrenda que se torna cotidiana, en tanto expresión del desafío sobrehumano que la guerra revolucionaria y sus eventos, le planteaban a él y a sus hombres.

6. La gigantesca huella de Frank País: su ética del compromiso

Otra circunstancia particularmente reveladora de este espíritu, impregnado de una gran fraternidad que caracterizaba a Ernesto Guevara, a la que hemos venido haciendo alusión nos la deja plasmada, él mismo, cuando nos habla de su encuentro con Frank País, el gran dirigente del Movimiento 26 de Julio, en Santiago de Cuba, asesinado por la policía de Fulgencio Batista, en el mes de julio de 1957, «Frank País era uno de esos hombres que se imponen en la primera entrevista; su semblante era más o menos parecido al que muestran las fotos actuales, pero tenía unos ojos de una profundidad extraordinaria» (Guevara, 1968: 139).

La significación de esa figura y su persistencia en la memoria de toda una generación de revolucionarios lo lleva a decir que: «Difícil es hoy referirse a un compañero muerto, que se conoció



una sola vez y cuya historia está en manos del pueblo. Yo sólo podría precisar en este momento que sus ojos mostraban enseguida al hombre poseído por una causa, con fe en la misma y, además, que ese hombre era un ser superior. Hoy se le llama, «el inolvidable Frank País»; para mí

que lo vi una vez, es así. Frank es otro de tantos compañeros cuya vida tronchada en flor hoy hubiera estado dedicada a la tarea común de la Revolución Socialista; que es parte del duro precio que pagó el pueblo para lograr su libertad» (Guevara, 1968: 139-140). Siempre aparece en un plano primerísimo, el hombre en tanto ser humano concreto y sus cualidades que hacen su memoria imperecedera en el corazón de un pueblo y aquí Ernesto Guevara, nos revela con toda claridad que no piensa en los combatientes revolucionarios caídos como si fuesen figuras acartonadas, por el contrario desprenden, por todo lado, un gran calor humano.

Nos dice, luego Guevara que, el mismo Frank País «Nos dio una callada lección de orden y disciplina, limpiando nuestros fusiles sucios, contando las balas y ordenándolas para que no se perdieran. Desde ese día, me hice el propósito de cuidar más mi arma (y lo cumplí, aunque no puedo decir que fuera un modelo de meticulosidad tampoco)» (Ibíd.).

7. La revolución en marcha que construye y enaltece al ser humano

La memoria de Julio Zenón Acosta, aquel guajiro corpulento que lo asistió en sus crisis asmáticas en la Sierra Maestra, aparece en sus ojos con nítidos contornos, en estos **Pasajes de la Guerra Revolucionaria** y así nos cuenta Guevara que: «Para mí fue muy penosa la marcha (una entre las muchas a que se verán obligados los combatientes de la Sierra Maestra, decimos nosotros), pues tuve un ataque de paludismo y fueron el guajiro Crespo y el inolvidable compañero Julio Zenón Acosta los que me ayudaron a

recorrer una jornada angustiosa» (Guevara, 1968: 134). Más adelante se refiere de nuevo a él, diciendo que este guajiro analfabeto, por entonces de 45 años, le planteó su condición de tal y el deseo de conocer las letras, será su primer alumno, pues el Che también se dedicó a alfabetizar a sus compañeros campesinos y lo dejó expresado así: «Fue mi primer alumno en la Sierra; estaba haciendo esfuerzos para alfabetizarlo y en los lugares donde nos deteníamos le iba enseñando las primeras letras; estábamos en la etapa de identificar la A y la O, la E y la I. Con mucho empeño, sin considerar los años pasados sino lo que quedaba por hacer, Julio Zenón se había dado a la tarea de alfabetizarse. Quizás su ejemplo en este año pudiera servir a muchos campesinos, compañeros de él de aquella zona en la época de la guerra o a aquéllos que conozcan su historia. Porque Julio Zenón Acosta fue otra de las grandes ayudas de aquel momento y era el hombre incansable, conocedor de la zona, el que siempre ayudaba al compañero en desgracia o al compañero de la ciudad que todavía no tenía la suficiente fuerza para salir de un atolladero; era el que traía el agua de la lejana aguada, el que hacía fuego rápido, el que encontraba la cuaba necesaria para encender el fuego un día de lluvia; era, en fin, el hombre orquesta de aquellos tiempos» (Guevara, 1968: 135-136).

Luego ante la muerte de este campesino-guerrillero el Che nos dice, a propósito de ella, acaecida en un combate posterior: «El campo quedó rápidamente vacío; después me enteré que Julio Zenón Acosta había quedado para siempre en lo alto de la loma. El guajiro inculto, el guajiro analfabeto que había sabido comprender las tareas enormes que tendría la Revolución después del triunfo y que se estaba preparando desde las primeras letras para ello, no podría acabar su labor» (Guevara, 1968: 137).

Sin duda, estamos ante la más clara evidencia del intenso contrapunteo existente entre las esperanzas que renacían todos los días y las ásperas agonías que el destino reservaba a aquellos revolucionarios de la Sierra Maestra, cuando trataban de abrir el camino para un mejor destino para el ser humano, individual y colectivamente considerado. Nunca tales caminos se abrieron sin dolor y sin una fuerte lucha interior con ellos

mismos y con un entorno que se mostraba, de mil maneras hostil, poniendo a prueba su capacidad para persistir en pos de una meta que, una vez alcanzada, será apenas la base para trazarse otras nuevas.

8. La compasión hacia todos los seres del universo

Su inquietud y su compasión por los otros seres vivos, aun en ese escenario continuo de muerte y de terribles decisiones que constituye un conflicto bélico, se pone de manifiesto cuando el Che lo indica, en otro apartado de la misma obra: «Todo hubiera estado perfecto si no hubiera sido por la nueva mascota: era un pequeño perrito de caza, de pocas semanas de nacido. A pesar de las reiteradas veces en que Félix lo conminó a volver a nuestro centro de operaciones —una casa donde quedaban los cocineros—, el cachorro siguió detrás de la columna» (Guevara, 1968: 211). Esto dará lugar a una dramática situación descrita por Guevara en los siguientes términos: «cuando estábamos descansando en lo hondo de un arroyo con un vigía atisbando los movimientos de la hueste enemiga, volvió el perro a lanzar sus histéricos aullidos; ya no se conformaba con llamar; temía de que lo dejaran y ladraba desesperadamente» (Ibíd.). El trágico desenlace queda así decidido, sin que nadie pueda siquiera imaginar otro y es así como el autor nos dice que: «Recuerdo mi orden tajante: «Félix, ese perro no da un aullido más, tú te encargas de hacerlo. Ahórcalo. No puede volver a ladrar». Félix me miró con unos ojos que no decían nada. Entre toda la tropa extenuada, como haciendo el centro del círculo, estaban él y el perrito. Con toda lentitud sacó una soga, la ciñó al cuello del animalito y empezó a apretarlo. Los cariñosos movimientos de su cola se volvieron convulsos de pronto, para ir poco a poco extinguiéndose al compás de un quejido muy fijo que podía burlar el círculo atenazante de la garganta. No sé cuánto tiempo fue, pero a todos nos pareció muy largo el lapso pasado hasta el fin. El cachorro, tras un último movimiento nervioso, dejó de debatirse. Quedó allí, esmirriado, doblada la cabecita sobre las ramas del monte» (Ibíd.).

El epílogo de este inquietante y pequeño, a la vez que gigantesco drama de la eterna lucha

entre la vida y la muerte (¿el hombre, lobo para el hombre? o simplemente, más allá de la descripción, no saber qué decir), lo es aún más, pues una vez pasados estos hechos y encontrándose en una casa de unos campesinos de la región «... Félix, que comía sentado en el suelo, dejó un hueso. Un perro de la casa vino mansamente. Félix le puso la mano en la cabeza, el perro lo miró; Félix lo miró a su vez y nos cruzamos algo así como una mirada culpable. Quedamos repentinamente en silencio. Entre nosotros hubo una conmoción indescriptible. Junto a todos, con su mirada mansa, picaresca o con algo de reproche, aunque observándonos a través de otro perro, estaba el cachorro asesinado» (Ibíd.).

Es evidente que el Che nos indica, de alguna manera, en esta parte del relato, no sólo al expresar ternura hacia el cachorro sacrificado, el hecho de que la naturaleza no ha perdido aún su encanto y que, de innumerables formas, estamos siempre en diálogo con los restantes seres vivos; sino que también nos evidencia, cómo nos vemos los seres humanos enfrentados, todos los días, ante la necesidad de guardar una profunda compasión hacia todos los seres del universo, aun en las más crueles circunstancias, ya que de no ser así, se da el hecho de que, paradójicamente, perdemos, paso a paso, nuestra humanidad desde la cual, de manera arrogante, pretendemos colocarnos por encima de las demás especies y es, en este sentido, que el Che nos revela sus inquietudes, que lo sitúan más allá de esas miserias del sentido común, con que los mortales comparten, la mayor parte de las veces, los desafíos de la vida cotidiana.

Con respecto a este tema el teólogo brasileño Leonardo Boff, cuando está haciendo referencia al tema de las relaciones entre el ser humano y la naturaleza, conformada asimismo por otras especies animales, nos dice que: «La integración del ser humano con la naturaleza supone una armonización con ella, capaz de compasión, porque la tierra no está fuera de nosotros, sino dentro de cada uno, como la Gran Madre» (Boff, 1994: 53). Sin duda aquellas creencias, de corte mecanicista, surgidas durante los siglos XVII y XVIII que tienden a ver al animal como una máquina que no sufre, han quedado muy lejos y las otras criaturas del universo ponen a prueba, todos los días, nuestra capacidad para sentir compasión por los otros

seres. Resulta innegable que el Che jamás ignoró este sentir de la Madre Tierra y lo expresa, con gran ternura, al darnos cuenta del dolor que sintió al violar sus mandatos.

9. Lo ominoso de la guerra y la cambiante relación de fuerzas

El implacable ritmo de la actividad bélica pone a los seres humanos ante una serie de situaciones, de suyo dolorosas, como cuando hubo de ejecutarse a un campesino que habló que él se pondría en contacto con el enemigo, creando una situación de gran peligro, a semejanza de otras que se habían presentado al inicio de la lucha armada en la Sierra Maestra. Guevara nos lo cuenta así: «...Aristidio fue uno de esos casos típicos de campesinos que se unieron a la revolución sin una clara conciencia de lo que significaba y al hacer su propio análisis de la situación encontró más conveniente situarse en la «cerca», vendió su revólver por algunos pesos y empezó a hacer manifestaciones en la comarca de que él no era bobo para que lo tomaran en su casa, mansito, cuando las guerrillas se fueran y que haría contacto con el ejército» (Guevara, 1968: 206). A propósito de este triste episodio, el Che se interroga y dice: «Hoy nos preguntamos si era realmente tan culpable como para merecer la muerte y si no se podía haber salvado una vida para la etapa de la construcción revolucionaria. La guerra es difícil y dura y durante los momentos en que el enemigo arrecia su acometividad no se puede permitir ni el asomo de una traición. Meses antes, por una debilidad mucho más grande de la guerrilla, o meses después, por una fortaleza relativamente mucho mayor, quizás hubiera salvado su vida; pero Aristidio tuvo la mala suerte de que coincidieran sus debilidades como combatiente revolucionario con el momento preciso en que éramos lo suficientemente fuertes como para sancionar drásticamente una acción como la que hizo y no tan fuertes como para castigarla de otra manera» (Guevara, 1968: 207). La afirmación hobbesiana de que el hombre es un lobo para el hombre, cuando se trata de las relaciones entre los Estados, se traslada muy claramente a lo que constituye el conflicto bélico, en el tanto en que constituye la expresión más alta

de la conflictividad entre estos entes o las fracciones que los conforman.

10. Los duros dilemas de un médico y combatiente a la vez

En su doble condición de médico y de combatiente Ernesto Guevara se vio enfrentado, desde el principio de la lucha, ante la necesidad de escogencias en extremo difíciles, como las que se le presentaron cuando, con posterioridad al desembarco de los expedicionarios del *Granma*, de los cuales formaba parte, el 2 de diciembre de 1956, fueron sorprendidos, varios días después, en Alegría de Pío, por las fuerzas de Fulgencio Batista, hecho del cual Guevara nos relata algunos de sus pormenores, cuando indica en su texto que: «Tenía delante una mochila llena de medicamentos y una caja de balas, las dos eran mucho peso para transportarlas juntas; tomé la caja de balas, dejando la mochila para cruzar el claro que me separaba de las cañas» (Guevara, 1968: 115).

Más adelante, a raíz del combate del Uvero, a fines de mayo de 1957, el Che vuelve a abordar el tema, cuando se encuentra en la situación de atender a los heridos de aquel combate y dice: «El reencuentro con la profesión médica tuvo para mí algunos momentos muy emocionantes. El primer herido que atendí, dada su gravedad, fue el compañero Cilleros. Una bala había partido su brazo derecho y, tras de atravesar el pulmón, aparentemente se había incrustado en la columna, privándolo del movimiento de las dos piernas. Su estado era gravísimo y apenas si me fue posible darle algún calmante y ceñirle apretadamente el tórax para que respirara mejor, tratamos de salvarlo en la única forma posible en esos momentos; llevándonos los catorce soldados prisioneros con nosotros y dejando dos heridos: Leal y Cilleros, en poder del enemigo y con la garantía de honor del médico del puesto. Cuando se lo comuniqué a Cilleros, diciéndole las palabras reconfortantes de rigor, me saludó con una sonrisa triste que podía decir más que todas las palabras en ese momento y que expresaba su convicción de que todo había acabado. Lo sabíamos también y estuve tentado en aquel momento de depositar en su frente un beso de despedida, pero, en mí más que en nadie,

significaba la sentencia de muerte para el compañero y el deber me indicaba que no debía amargar más sus últimos momentos con la confirmación de algo de lo que él ya tenía casi absoluta certeza. Me despedí, lo más cariñosamente que pude y con enorme dolor, de los dos combatientes que quedaban en manos del enemigo» (Guevara, 1968: 169-170).

El epílogo, en el que se confirman las premisiones que tuvieron los protagonistas del drama, lo narra el Che, algunas líneas más adelante, de esta manera: «Nuestros dos compañeros fueron atendidos decentemente por el ejército enemigo, pero uno de ellos, Cilleros, no llegó siquiera a Santiago. El otro sobrevivió a la herida, pasó prisionero en la Isla de Pinos todo el resto de la guerra y hoy todavía lleva huellas indelebles de aquel episodio importante de nuestra guerra revolucionaria» (Guevara, 1968: 170).

11. Lo siempre azaroso en el hecho de la guerra y sus imponderables

La guerra desata las pasiones y da lugar a situaciones en las cuales los hombres pierden el control de su voluntad, como cuando los rebeldes emboscaron a cinco camiones del ejército de Batista que transportaban una compañía y cuyo resultado fue exitoso, en términos militares. No obstante, cuenta el Che que: «Al tomar el primer camión encontramos dos muertos, un herido que todavía hacía gestos de pelea en su agonía, fue rematado sin darle oportunidad de rendirse, lo que no podía hacer pues estaba semi-consciente. Este acto vandálico lo realizó un combatiente cuya familia había sido aniquilada por el ejército batistiano. Le recriminé violentamente esa acción sin darme cuenta que me estaba oyendo otro soldado herido que se había tapado con unas mantas y había quedado, quieto, en la cama del camión. Al oír eso y las disculpas que daba el compañero nuestro, el soldado enemigo avisó de su presencia pidiendo que no lo mataran; tenía un tiro en la pierna, con fractura, y quedó a un costado del camino mientras proseguía el combate en los otros camiones. El hombre, cada vez que pasaba un combatiente por el lado, gritaba, «no me mate, no me mate, el CHE dice que no se matan los prisioneros». Cuando finalizó el combate, lo llevamos al

aserrío, le hicimos las primeras curas y quedó allí para ser devuelto» (Guevara, 1968: 199-200).

La guerra es, sin duda alguna, ese conflicto que se caracteriza por poner a los hombres las pruebas más duras a cada paso y es así, como nos la muestra, en toda crueldad y generosidad el Che, en sus **Pasajes de la Guerra Revolucionaria**, sin duda un vivo recuento de mil anécdotas que no pueden sino poner de manifiesto, la extraordinaria voluntad de lucha y el amor a sus semejantes que profesaba este Ernesto Guevara, cuya viva memoria resulta incomprensible para muchos, hoy sumergidos en las miasmas de una civilización que perciben como esplendorosa, a pesar de las continuas muestras de lo contrario y que, a duras penas logran ser ocultadas, en algunos momentos.

Estamos convencidos de que la lectura de esas páginas siempre tocará con fuerza nuestra conciencia, haciéndonos ver la necesidad de ser consecuentes, en todos nuestros actos, no separando nuestro discurso de lo que, sin duda, tenemos que hacer como un imperativo moral: se trata de poner nuestro esfuerzo cotidiano en la construcción de una cultura de la resistencia, de lo contrario nos quedaríamos en la evocación fácil que tanto gusta, a los que hoy se encuentran asustados por la persistencia en la memoria, de la figura y el ejemplo, siempre vivo de quien fuera el combatiente y pensador revolucionario, al que seguimos llamando Ernesto «Che» Guevara.

12. El sentido universal y trascendente de la presencia de Ernesto «Che» Guevara

La enorme carga simbólica que la figura de Ernesto Che Guevara presenta, a treinta años de su asesinato, no puede pasar desapercibida, en modo alguno, sobre todo cuando convoca a tantas y tan diversas voluntades a la lucha y a la resistencia frente a una cultura que, contra toda esperanza, pretende imponer el egoísmo, la destrucción y la muerte.

El profundo sentido ecuménico que suscita lleva a que una gran diversidad de actores sociales, más allá del ámbito de su confesionalidad religiosa o de las formas de manifestar y sentir su creencia en lo trascendente, se sientan llamados a dar su testimonio sobre el Che y a resaltar su viva

presencia, como un símbolo de luz y esperanza frente a un mundo sin Dios. Es decir, la afirmación de Nietzsche, al concluir el siglo anterior cobra un significado mucho más ominoso y profundo, al culminar este nuestro siglo XX, situados en medio de una civilización que parece haber renunciado a la esperanza y que mira con indiferencia e incluso desdén, los caminos de destrucción que ha emprendido.

Si un musulmán como Ahmed Ben Bella, el primer presidente de la nación argelina, en su recuerdo emocionado de la figura de Ernesto Che Guevara y de las particulares relaciones que existieron entre los revolucionarios cubanos y los argelinos que acababan de vencer al colonialismo francés, ve a éste como alguien «cuyo cuerpo irradia tanta luz. Tanta luz y tanta esperanza»⁵ al recordar la pequeña fotografía de aquel amigo que él y su esposa guardaron, durante muchos años de persecuciones y prisiones, a que lo redujeron los militares que lo derrocaron en 1965; tenemos, por otra parte, que muchos cristianos, de las más diversas denominaciones, se sienten atraídos por el llamado del viejo luchador lleno de aspereza y de duras exigencias hacia sí mismo y hacia los demás pero, a la vez, pleno de profundas expresiones de ternura y amor hacia sus semejantes, los pobres y excluidos de este continente. Entre ellos, destaca el teólogo brasileño Frei Betto, quien señala que: «Ahora, a los treinta años de su muerte, Guevara cuestiona a todos los que no osan entregar su vida a ninguna causa altruista. Por eso, es comprensible que haya obras tan pesadas, como piedras de túmulo queriendo reducirle sus méritos. Para John Lee Anderson, autor de **Che Guevara: una biografía**, el Che fue un aventurero, un voluntarista. Para Jorge G. Castañeda, autor de **Che: la vida en rojo**, el guerrillero argentino-cubano fue entregado a la muerte por la obsesión revolucionaria y, sobre todo, por omisión de Fidel. Bien escritas y fundadas en abundante documentación, las dos obras no consiguen encubrir la acritud de quien teme que las utopías se tornen realidades. Por eso, es más fácil dedicarse a la derrota del Che que a la victoria de Fidel» (Betto, 1997: 5).

5. Ver Ahmed Ben Bella. «Ainsi était le "Che"». *Le Monde Diplomatique*. Octubre 1997, page 3.

13. Que «otra mano se tienda para empuñar nuestras armas»: Che

Entre otros luchadores que se llenaron de este espíritu, acude a nuestra memoria, por medio de un texto de Omar Cabezas, el recuerdo del poeta nicaragüense Leonel Rugama (1950-1970), muerto en combate contra la Guardia Nacional de los Somoza y los yanquis (sus verdaderos creadores en la década del veinte), en una casa de Managua que quedó llena de humo, a los veinte años de edad y quien, sin duda, representa un vivo contraste con la ausencia de compromiso y de nobles ideales que caracteriza a buena parte de quienes conforman la presente generación, cuya conducta se expresa en un continuo renegar de sus inquietudes y de su pasado reciente de compromiso político y así, en vez de hacer un balance de lo actuado, se entregan, en muchos casos, con la misma acriticidad y dogmatismo de ayer, a los designios de los profetas del capitalismo salvaje, es decir, al culto, al dogma de moda, caracterizado por la exaltación del aplastamiento de los débiles, por parte de los más fuertes.

Sobre Leonel Rugama, decía Omar Cabezas: «Uno de los aspectos más interesantes de la personalidad de Leonel era la conciencia que tenía de que él era una especie de estela fugaz, es decir, tenía una gran conciencia de su transitoriedad. «Yo voy de paso», decía. «Yo voy de ida... y, entonces, mientras voy de ida, estoy haciendo estos poemas; estos son unos poemas de ida». Pero lo más lindo y lo más extraordinario de la personalidad de Leonel es que de ese pequeño tránsito, del que él estaba muy consciente, él siempre se empeñaba en decir que había que hacer, de ese pequeño pedazo de vida que tiene el hombre, lo más útil para los demás, no para uno. El siempre estaba entregándose a los demás y siempre estaba Leonel hablando del Che» (Cabezas, 1981: 149).

14. La tradición de los evangelios y la revolución social: dos caminos éticos que convergen

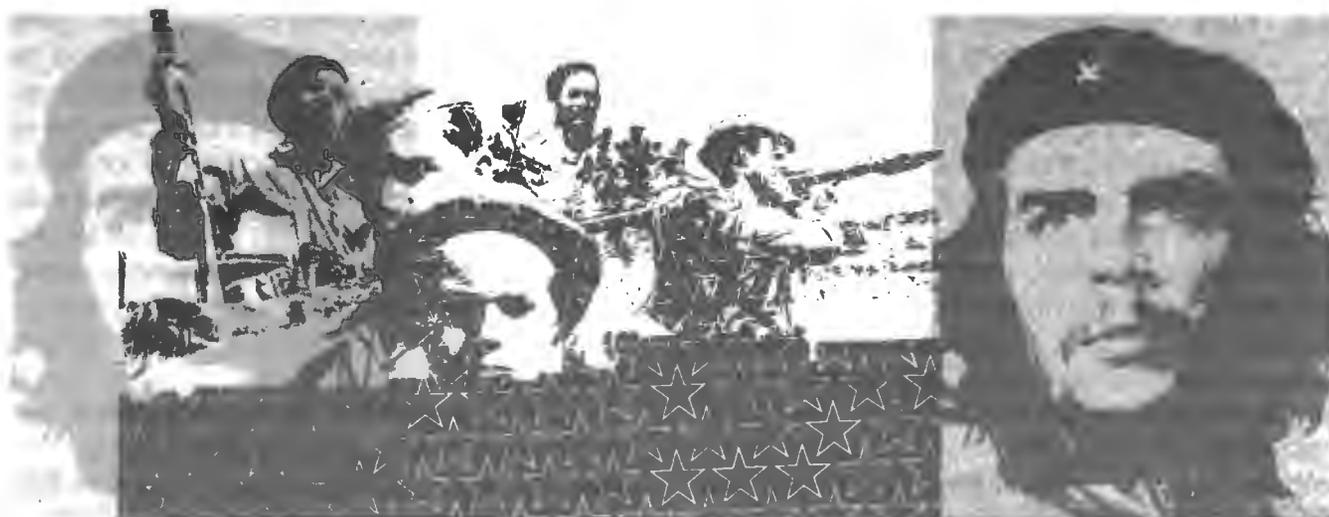
Por mucho que les pese a quienes, desde hace muchos siglos, hicieron de la Teología un instrumento al servicio de la dominación de los poderosos en este mundo, la impronta

teleológica de este campo del saber, tan ligado con la idea y con el sentido de la trascendencia, ha experimentado un cambio profundo con el surgimiento de una Teología de la Liberación, cuyos cultivadores luchan por elevar la condición de los seres humanos, situándolos muy por encima del egoísmo y el utilitarismo, en el que pretenden ubicarlos los herederos del darwinismo social, quienes siempre han procurado ocultar, bajo un doble discurso, el hecho de tener al dinero como su único Dios verdadero.

Entre la tradición de los Evangelios que conforma el ETHOS originario de lo que hoy conocemos como el cristianismo (en su acepción más amplia) y las concepciones revolucionarias (también tomadas en su sentido más amplio) forjadas en la lucha del movimiento de los trabajadores, durante los últimos dos siglos, en busca de una sociedad más justa y humana no vemos un antagonismo esencial, a pesar de los inevitables encuentros y los, a veces trágicos, desencuentros en que la historia reciente los ha situado. El compromiso de ambos por la justicia y la realización plena del hombre que ha sido llevado, en muchas ocasiones, hasta el más alto grado de entrega y sacrificio, es más significativo que el de la memoria de algunos procesos cargados de negatividad y de muerte, como el protagonizado por una jerarquía católica, entregada a la Cruzada Nacional del Franquismo, durante los tristes episodios de la Guerra Civil Española (1936-1939) y del régimen fascista que surge de ella, cuya crueldad y vesania contra las reivindicaciones de los trabajadores y del pueblo español en general, aún hoy nos suscita las más dolorosas evocaciones.

Ese compromiso, esa entrega hacia los demás, llevados hasta el punto del sacrificio es lo que ha olvidado y no puede comprender esta civilización de la posmodernidad que tampoco entiende la esencia de una raíz cultural cristiana, a pesar del uso reiterado de algunos símbolos de esa rica tradición, expresada en los Evangelios, hecha a diario en los medios de comunicación social que están al servicio de los detentadores del poder y la riqueza.

Suscribiríamos, sin duda alguna, lo dicho por el teólogo jesuita Ion Sobrino de que: «Se podrá o no creer en Dios, pero de lo que no se puede dudar es de que hay pecado, porque hay



muerte» (Sobrino, 1991: 17) y muerte, en el sentido de que habla la Teología de la Liberación, cuando habla de «la muerte lenta que generan las omnipresentes estructuras de injusticia y la muerte rápida y violenta cuando los pobres quieren dejar de serlo» (Ibíd.).

En cuanto a la necesaria explicitación de quiénes son esos pobres, a los que se exhorta a la lucha, y de cuya muerte lenta y prematura no podemos ni debemos ser cómplices, es preciso indicar que su presencia se nos hace evidente al actuar en contra y por la superación de esa HAMBRE DEL PUEBLO, de que hablaba Ernesto Guevara, la cual consiste en el «cansancio de vender día a día miserablemente la fuerza de trabajo (ante el miedo de engrosar la enorme masa de desocupados), para que se exprima a cada cuerpo humano el máximo de utilidades, derrochadas luego en las orgías de los dueños del capital» (Guevara, 1968: 520).

Frente a las pretensiones posmodernas de invisibilizar la pobreza y la injusticia que conllevan, sin duda la definición del antes citado Ion Sobrino, centrada en la condición de quienes la sufren, no puede ser más reveladora, cuando nos dice que: «...pobres son los que tienen en su contra a todos los poderes de este mundo. Tienen en su contra, ciertamente a las oligarquías y empresas multinacionales, a las fuerzas armadas y prácticamente a todos los gobiernos. Pero tampoco los partidos políticos, las universidades, e incluso las iglesias, se preocupan mucho de ellos, con las notables excepciones de iglesias como la de Monseñor

Romero o de universidades como la de Ignacio Ellacuría» (Sobrino, 1991: 17). Sin duda esto último suena muy bien, pues preferimos hablar de iglesia o de universidad en concreto, del compromiso de seres humanos específicos, ya que la abstracción, en estos casos es, sin duda alguna, deshumanizante y olvidadiza de lo esencial, es decir, el compromiso de cada quien, en procura de transformar una realidad profundamente injusta, transformándose a sí mismo todos los días, en la cotidianidad de ese compromiso.

Encontrar el punto de convergencia entre la figura de Ernesto Guevara, es decir, sus acciones y sus obras y la Teología de la Liberación no es, en todo caso, un mero ejercicio intelectual, como lo demuestran las obras y el sacrificio de muchos cristianos en todo el continente en pos de la justicia y la transformación de una realidad, de suyo injusta, en la cual «la pobreza significa en última instancia, muerte injusta y prematura de muchas personas» (Gutiérrez, 1991: 406). Es por ello que este encuentro, es más el resultado de un doloroso y esperanzador camino ya recorrido juntos, que el de una invitación a una apologética o al uso de una retórica vacía de contenido.

No abrigamos duda alguna de que Ernesto Guevara sigue vivo al lado de Frank País, de Camilo Torres, de Ignacio Ellacuría, de Martín Baró, de Monseñor Romero, de Néstor Paz Zamora y sus compañeros de la guerrilla de Teoponte y es un símbolo que convoca a la esperanza, a la resistencia y a la lucha, todos los días, por más sombrío que se nos muestre el camino. Es decir,

un camino que no podremos transitar únicamente empleando los medios que nos otorga la fría racionalidad del cálculo político y económico, los cuales, en última instancia, no son tan «racionales» como lo pretenden algunos tecnócratas y es por ello que estamos en un mundo desolado, en el cual ante la falta de respuestas en el seno de las iglesias e instituciones políticas y culturales tradicionales, la búsqueda de trascendencia y de sentido adopta mil rostros, sobre todo ante una realidad injusta que hemos sido incapaces de transformar⁶.

No en vano ya José Carlos Mariátegui (1895-1930), en su ensayo **La Aurora Matinal**, había destacado la importancia, de primer orden, que tendrá siempre el pensamiento mítico y la búsqueda de trascendencia en la transformación revolucionaria de este continente, la cual sin duda sigue pendiente, como un desafío que tiene su punto de partida en los gritos silenciosos de los millones sin esperanza que permanecen junto a nosotros, para los cuales—aunque a veces no tengan conciencia de ello— la memoria del Comandante Ernesto Guevara será siempre algo viviente.

6. Ver Florence Beaugé. «Vers une religiosité sans Dieu» e Ignacio Ramonet. «Irrationnel et société». **Le Monde Diplomatique**. Septiembre 1997, pages 26-28.

BIBLIOGRAFIA

- Beaugé, Florence. «Décompositions, recompositions et croyances multiples. Vers une religiosité sans Dieu». **Le Monde Diplomatique**. Septiembre 1997, pages 26 et 27.
- Ben Bella, Ahmed. «Le trentième anniversaire de la mort d'Ernesto Guevara. Ainsi était le "Che"». **Le Monde Diplomatique**. Octubre 1997, page 3.
- Betto, Frei. «La fuerza de la utopía». **Revista Ko'eyú Latinoamericana**. N° 77. Caracas, Venezuela. Octubre 1997.
- Boff, Leonardo. **Dimensión Política y Teológica de la Ecología**. Consejo Ecuménico de Cuba, La Habana. 1994.
- Cabezas, Omar. «Héroe y mártir poeta Leonel Rugama, muerto en combate a los 20 años». **Revista Nicarauac**. N° 6. Managua, Nicaragua. Diciembre 1981.
- Cazal, Joel A. y Ortiz, Carlos. Conversación con Armando Hart: «El aporte del Che: la voluntad ética». **Revista Ko'eyú Latinoamericana**. N° 77. Caracas, Venezuela. Octubre 1997.
- Gambini, Hugo. **El Che Guevara**. Editorial Paidós. Buenos Aires, Argentina. 1968.
- Guevara, Ernesto «Che». **Obra Revolucionaria**. Segunda edición. Ediciones Era S.A. México. Febrero 1968.
- Gutiérrez, Gustavo. «3. Condiciones para esperar». En **Densidad del Presente**. CEP. Lima, Perú. 1991.
- Habel, Janete. «Che Guevara: de l'éthique dans le combat politique». **Revue Imprecor**. Paris. Septiembre 1997.
- Hobbes, Thomas. **Del Ciudadano**. Instituto de Estudios Políticos. Universidad Central de Venezuela. Caracas. 1966.
- Kalfon, Pierre. **Che Ernesto Guevara, una leyenda de nuestro siglo**. Primera edición. Plaza y Janés S.A. Barcelona. Septiembre 1997.
- Löwy, Michel. «Che Guevara 1967-1997: L'étincelle qui ne s'eteint pas». **Revue Imprecor**. Paris. Septiembre 1997.
- Ramonet, Ignacio. «Irrationnel et société». **Le Monde Diplomatique**. Septiembre 1997, page 28.
- Sobrino, Ion. **1. Introducción. Despertar del Sueño de la Cruel Inhumanidad**. San Salvador. 1991.
- Touraine, Alain. «Dossier L'Amérique Latine, trente ans après le Che, reste le continent des exclus. Le rêve fracassé de Che Guevara». **Le Nouvel Observateur**. Paris. 2-8 octobre 1997, pages 4-16.